



La Ciudad Antagónica Detractora y Rectificadora

He aquí cómo nos cuenta el propio poeta el primer contacto que tuvo con Granada que fue de antipatía. Se dijera que la Sultana le ofreciera su odalisca mano y él, volviéndole las espaldas, le diera solemnes calabazas. Se había trasladado el Poeta-Niño a Ma-nagua, y estando allí, dice:

“A la sazón estaba reunido el Congreso. Era presidente de él un anciano granadino, conservador, rico y religioso, llamado don Pedro Joaquín Chamorro. Yo estaba protegido por miembros del Congreso, pertenecientes al partido liberal, y es claro que en mis poesías y versos ardía el más violento desenfado y crudo liberalismo. Entre otras cosas se publicó cierto malhadado soneto que acababa así, si la memoria me es fiel:

“El Papa rompe con furor su tiara sobre el trono del regio Vaticano”.

“Presentaron los diputados amigos una moción al Congreso para que fuese enviado a Europa a educarme por cuenta de la nación. El decreto, con algunas enmiendas, fue sometido a la aprobación del Presidente. En esos días se dió una fiesta en el palacio presidencial, a la cual fui invitado, como un número curioso, para alegrar con mis versos los oídos de los invitados. Llego, y, tras las músicas de la banda militar, se me pide que recite. Extraje de mis bolsillos una larga serie de décimas, todas ellas rojas de radicalismo antirreligioso, detonantes, posiblemente ateas, y que causaron un efecto de todos los diablos. Al concluir, entre escasos aplausos de mis amigos, oí los murmullos de los graves senadores, y ví moverse desoladamente la cabeza del Presidente Chamorro. Este me llamó, y, poniéndome la mano en un hombro, me dijo más o menos: “Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?” Y así la disposición del Congreso no fue cumplida. El presidente dispuso que se me enviase al Colegio de Granada, pero yo era de León. Existí una antigua rivalidad entre ambas ciudades, desde el tiempo de la Colonia. Se me aconsejó que no aceptase tal cosa, pues ello era opuesto a lo resuelto por los congresales, y porque ello humillaba a mi vecindario leonés, y decididamente renuncié el favor”.

¿Qué habría sido de Darío, si hubiera aceptado venir a educarse a Granada en el primer Colegio de Centro América, establecido entonces en Nicaragua? El porvenir condicionado será siempre un misterio irresoluble, y Darío estaba sin duda destinado, como mimado de la Providencia, a ser el renglón más recto de la gloria nicaragüense, escrito por la voluntad divina, con las líneas torcidas de su vida de bohemio genial.

Empleado de Comercio

Granada ha tenido fama, en el concierto nacional, de ser una ciudad esencialmente comerciante, ajena a la cultura, estamos por decir antipoética. Como decimos en nuestro poema “Granada”, es tenida calumniosamente por

*“egoísta, calculadora,
mercantil,
porque a sus hombres ven
usar la vara de medir,
liquidar pólizas, combinar
negocios y especular”.*

y por consiguientemente, se podría pensar que espíritu granadino era antagónico al de Rubén Darío. Nadie se imagina por eso que hubo un momento, sólo un momento, en que la odalisca calabaceada por el poeta, cuando de abrevarse en su recién fundada fuente castálica, el Colegio de Granada, se trataba, iba a ser pretendida por tan desdeñoso poeta, mal tentado por el espíritu mercantil para ser en tan antagónica ciudad, un simple “empleadillo de comercio”.

¿Cómo así? Contaremos este olvidado episodio o más bien desconocido episodio del poeta, cual lo narró un caballero de edad proveya que lo recordó “como si fuera ayer”, pues sucedió antes de partir el Poeta con estremecimiento de la patria adolorida, con su música a Chile, donde daría el mágico concierto lírico de AZUL.

Tenía don Juan Vargas, persona acaudalada de Granada, un hijo recién llegado de educarse en Europa, a quien, terminados sus estudios, quiso lanzarlo a la vida independiente, dándole oportunidades de establecerse con una bien surtida tienda de comercio. Nos referimos al caballero don Ricardo Vargas, espíritu amplio que había adquirido en París, con notable barniz de cultura, apreciador de poéticos méritos, hábito de gran señor aficionado de placeres, acogedor de poeta como amigo de sabrosa mesa y de “bon

vino”. Conoció a Darío y lo apreció, y estando en posibilidades de pudiente, para servirle de Mecenas, y prestigiar su establecimiento con el hijo mimado de las musas, le propuso venirse a Granada de dependiente de comercio en su recién fundada casa, con el halagüeño ofrecimiento sin duda de buen trato, de espléndida mesa y vivienda, con carta blanca en el mejor y único hotel entonces en Granada, el famoso hotel de los Leones de Mr. Downing.

No sabemos la fecha precisa de esta aventura comercial, ligera y vaga, de nuestro genial poeta, tan vaga y ligera que ni él mismo la recuerda siquiera en su autobiografía tan deficiente. Ha de haber sido, suponemos, en los primeros días del gobierno de Cárdenas. allá por el año de 1883 cuando descendido Zavala por la suave pendiente de la ley, en aquellos tiempos en que la alterabilidad era realidad política viviente, se ha de haber hallado sin los emolumentos que le proporcionaba su empleo. “Mi trabajo en la secretaría del Presidente, bajo la dirección, dice, de un íntimo amigo escritor, que tuvo después un trágico fin en Costa Rica -Pedro Ortiz- me daba lo suficiente para vivir con cierta comodidad”.

Falto sin duda de ese trabajo, con el advenimiento de Cárdenas, aceptó la oferta sui géneris de Vargas y se vino a Granada a ser empleado de comercio. Instálase en el Hotel de los Leones, convertido nuestro gran poeta, por la gracia de un joven pudiente con hábitos de Mecenas, en empleado de comercio. Los gastos del poeta en el hotel corrían todos por cuenta del espléndido señor Vargas, y Darío repitió, en los pocos días que le duró el empleo en Granada, la vida que hiciera en San Salvador, cuando recién llegado a Cuscatlán, le obsequió el Presidente Zaldívar, según cuenta, para sus gastos de permanencia en sus dominios, con unos quinientos pesos plata. “A los pocos días, recuerda el poeta, los quinientos pesos se han esfumado”, y en consecuencia, fue internado de profesor en un Colegio, sin permiso de salida de orden superior sin réplica, donde quien manda, manda. Lo mismo que en el Colegio, le pasó de “dependiente de comercio”. No ha de haber servi-

do para nada en esos menesteres mercantiles, es claro.

Egrecia inutilidad

Los poetas, más que los antiguos cristianos son seres raros, “infructuosi in negotiis”, infructuosos en los negocios, como los motejaban los paganos sórdidos e incomprensivos y si a esa su egrecia inutilidad de soñador empedernido se agrega su creciente cuenta en hotel, al favor de la carta blanca, ya puede sacarse la consecuencia de que no le duraría gran cosa el empleo. Todo el mundo se reía de la peregrina ocurrencia de Vargas de hacer de un poeta empleado de comercio. Curioso sería encontrar el detalle de la cuenta que Mr. Downing presentó entonces al Señor Vargas, responsable de los gastos de su genial empleado, al cabo de una o dos semanas de regalarle el pico opiparamente a tan egregio huésped! El Sr. Vargas se fue de espaldas. Ha de haber habido hasta champán, el licor favorito del poeta desde joven! Aquello no podía seguir así, y el Sr. Vargas hizo comprender al poeta que no estaba bueno para el comercio, y lo despidió a buenas con sobra de razón. El poeta se fue de Granada, sin dejar la menor huella de su estada, breve como nube de verano, o como rápida exhalación en noche serena, apenas recordada por alguno que otro de los viejos granadinos que lo conocieron de fijo y sabían que aquel joven empleado de comercio era el Poeta-Niño, el mimado de León que quiso un día dedicarse a la vida práctica en Granada.

Este fue el segundo contacto del gran Poeta con la Sultana del Gran Lago, que le ofreció albergue en dos ocasiones sin éxito, por mutua incompreensión. En la primera, porque el poeta no quiso aprovechar el caudal de su cultura acumulada en el Colegio de San Francisco, como en áurea mina viva. En la segunda porque el Poeta hizo el contacto fuera de su vocación, y la corona del éxito comercial no cupo a la medida de aquella cabeza llamada a ser coronada por los laureles sempiternos de la gloria.

(Revista Conservadora)
Continuará...